

DIANA
DE CHIVRY

POR

FEDERICO SOULIE.

Traducción para el Monitor Republicano,

Por D. J. de O.

MEXICO:—1857
IMPRESA DE VICENTE GARCIA TORRES,
Calle de San Juan de Letran núm 3.

hasta á las esperanzas de ver consumados proyectos tan irrealizables, fué cuando los Asthon se consideraron como exonerados de los servicios que habian prestado á los Estuardos, y se naturalizaron como franceses, trasladando á su nueva patria aquel espíritu de lealtad con que se habia labrado esta familia una fama caballeresca desde el siglo anterior.

Esta fidelidad en que parecia consistir especialmente el destino de los Arthon, no desmintió por ninguno de los miembros de esta familia. El abuelo Leonardo habia acompañado á Carlos Estuardo en su malograda tentativa de 1745; mientras duró esta primera revolucion, sirvió su padre á los Borbones en las guerras de Vandéa; y con respecto á Leonardo, oficial antiguo en la guardia real, admitió como herencia esa rebelion y lealtad ciega, tomando una parte activa en los trastornos que agitaron á los departamentos del Oeste. Después de la revolucion de Julio, volvió á ser el mismo. El solo nombre de Asthon encerraba en sí solo una de aquellas ideas de desprendimiento y lealtad, que al primer aspecto se

ducen la imaginacion é interesan el corazon.

Por otra parte, la persona de Leonardo Asthon, correspondia perfectamente á la idea novelesca que su solo nombre engendraba. Tenia treinta años escasos de edad, y su hermosura era singular; poseía ese valor propio de aventuras que se aviene tan mal con la calma y regularidad de las filas de regimiento, y echa de menos las sangrientas lides de nuestros abuelos, en que un caballero armado de piés á cabeza empuñaba una hacha y se arrojaba en medio de sus contrarios buscando una gloria que debia á su solo esfuerzo. Añadiendo Leonardo Asthon con tales disposiciones su noble bizzaría á la de sus antepasados, era preciso que llegara á ser en breve una especie de héroe entre los de su partido. Los campesinos de la Bretaña lo miraban como á su nuevo Charette, como á un segundo Bonchamps; se presentaba á los ojos de los castellanas de esa provincia, cual un Macyvor, un Claverhote; uno de aquellos hermosos personajes de Scott, que tan buen efecto

producen sobre los ensueños de las mujeres.

Y entre las mujeres que sueñan existia á pocas leguas de Nantes cierta Madama de Kermie, quien igualmente era de raza pura de Bretaña, y cuyos hijos habian muerto juntamente con su marido en las primeras guerras de la Vandéa. No le quedaba sino una hija que habia casado con el señor Chivry, en otro tiempo compañero de armas de los señores de Kermie. Este matrimonio dió á luz primeramente tres hijos, á saber; Jorge y Felipe de Chivry que nacieron en 1804 y 1806; y á los diez años, esto es, en 1814 y 1816, Marcial y Diana de Chivry, que va á ser la heróina de esta historia.

Diana fué desgraciada desde el momento de nacer, porque murió su madre del sobreparto dejando una hija ciega.

Precisamente en esta época perdió madama de Kermie una nieta que habia sido su fiel compañera en la vejez, pues Madama de Chivry vivia en los alrededores de Chateaurou donde se encontraban todos los bienes de su marido. Madama de Kermie supo al mismo tiempo la muerte de su hija,

el nacimiento de Diana, y el gran defecto que habia cabido en suerte á la última. Desde luego la pidió á su yerno, á quien manifestó que un hombre no podia dispensar á la infancia de Diana aquel cuidado solícito que exigia su infeliz situacion. El señor de Chivry, cuya ambicion se habia despertado desde el principio de la Restauracion y que habia determinado radicarse en Paris con sus hijos para cuidar de su educacion, obsequió los deseos de su suegra. Le mandó á su hija, y Diana fué educada por su abuela en el castillo de Gigan, situado á media legua de Machecoul lejos de su padre y hermanos.

tillo, en el que se ven varios pabellones aislados, y uno de estos se halla situado en el ángulo mas distante de dicho parque, en un punto en que el bosque está tocando con los muros del cercado: una de las puertas de este pabellon da sobre el bosque, la otra sobre el parque. Son las diez, y la noche está destemplada y tempestuosa, mientras que la satisfaccion que se experimenta al verse en el rincon del hogar doméstico, calentandose junto á un fuego benéfico, induce á uno á compadecerse de aquellos que están sufriendo la lluvia y el viento.

En ese estado se encontraban cabalmente madama de Kermie y Diana, quienes se habian estado mas tarde en la sala de lo que oslian. Hacia rato que ambas permanecian calladas oyendo el ruido continuo de la lluvia, interrumpido á veces por los gemidos prolongados del viento que arrojaba la agua con mucha violencia contra las persianas cerradas del castillo.

—Qué tiempo! qué tiempo! dijo al fin la anciana madama de Kermie, á quien habia sacado de su meditacion una ráfaga de viento mas fuerte que las otras; que cosa

tan triste el pensar que en este momento acaso, nuestros amigos, esos que se han sacrificado por la defensa de la buena causa, vayan errantes, sin hallar refugio, cansados y perseguidos como lobos.

—No obstante, contestó Diana, debemos esperar que los mas comprometidos habrán ya encontrado modo de salir de Francia.

—No siempre son los mas listos en ponerse en salvo los que se hallan mas comprometidos. El mismo valor que los ha impelido hácia adelante, les impide retirar se mientras que existe el peligro; y en prueba de esto, he sabido con certeza que hace quince dias rehusó el señor Leonardo de Astton, embarcarse en el puerto de Croisie, donde se le habia proporcionado pasaje á bordo de un buque inglés.

—Pero no es cierto que esto pasa la raya del valor, y que es muy imprudente el obrar de esa manera? repuso Diana.

—Al menos es una imprudencia muy noble la que desprecia su propia salvacion, mientras ve que peligran otros desgraciados.

Aquí paró la conversacion, y las dos señoras volvieron á su meditacion; mas en es-

ta vez Diana fué la primera que rompió el silencio.

—Ya es tarde, querida madre, no piensa vd. recogerse?

—Todavía no, Diana, me parece que tengo cierto escrúpulo de entregarme al sueño en una buena cama, mientras que hay gentes honradas que están padeciendo allá afuera.

Diana se acordó que madama de Kermie no acostumbraba esos escrúpulos, con los infelices mendigos que venían á pedir abrigo á las puertas de su castillo, y se preguntó á sí misma si la humanidad era solo una virtud de partido; añadió pues:

—Sin embargo, mamá, no puede vd. desvelarse así toda la noche; no tiene vd. costumbre de hacerlo.

—Ven á sentarte junto á mi, Diana, que yo te diré por qué estoy esperando.

La niña se hincó en el cojin donde descansaban los piés de su abuela, quien inclinándose sobre aquella, le dijo:

—Oye Diana, conoces bien á Valeriano?

—Sí, es un nuevo guarda-coto que tiene

vd. aquí hace quince días. No acaba de salir de casa del vizconde de Purières!

—Sí, de ese bribon, que agobiado por sus deudas en Paris, ha acudido á refugiarse en un castillo, adonde, segun dicen, han venido á preseguirle los corchetes. Causado por no percibir sus salarios y de verse la víctima del trato mas duro, se ha separado Valeriano de su amo, porque segun cuentan, este vizconde de Purières, ademas de poseer otros vicios, es un hombre brutal. Pues bien, hija mia, este Valeriano, que es un muchacho despierto, vivo y fiel, me dijo que haciendo hoy á la madrugada una batida en el bosque, descubrió un hombre para él desconocido, quien al verlo, se puso en actitud de defenderse. Añadió que es un sugeto de treinta años de edad á lo sumo, bien parecido, de un aire distinguido, alto, y cuyo vestido de cazador, si bien en un estado de deterioro, deja traslucir cierta elegancia.

—Y bien, contestó Diana, quién es ese hombre?

—Valeriano se acercó á él, y sospechando quién pudiera ser, le dijo.—No tema vd.

nada, caballero; me supongo que no serán para cazar ese fusil de tal calibre, el sable, y el par de pistolas que lleva vd. consigo; mi oficio de guarda-coto es coger á los cazadores furtivos, es cierto, pero no soy gendarme para echar garra á los ladrones y á los insurgentes de la Vandéa.—Segun parece, al oír esta palabra de insurgente, se estremeció el desconocido, mirando en torno suyo: luego se aproximó á Valeriano, diciéndole muy quedo:—No sois por casualidad, criado de madama de Kermie?—Sí señor, respondió Valeriano.—Entonces decidle....

—Y este hombre se detuvo inmediatamente; luego prosiguió:—No, eso seria comprometerla; no permitiria su generosidad negarme el amparo; así, pues, no le digais nada tocante á este encuentro.—Y se alejó en el acto con pasos precipitados, habiéndolo perdido de vista Valeriano.

—Ah! exclamó Diana, á quien esta relacion no habia dejado de causar algun interés, y Valeriano es quién ha referido á vd. todo eso?

—Sí, volvió luego al castillo para poner

en mi conocimiento lo que acababa de pasarle; y segun la pintura que me hizo del desconocido y el caracter de mando que éste llevaba impreso, segun dijo, me ha parecido descubrir en ese hombre al señor Asthon nada menos.

—El señor Asthon! exclamó Diana, quien consideraba este nombre como el sinónimo de todas las virtudes caballerescas de los héroes de novela; el señor Asthon! repitió; pero si vd. no lo conoce, mamá.

—Es cierto, mas el padre Derouis, nuestro cura, que sí le conoce, me ha asegurado bajo su palabra, que el señor Asthon estaba escondido en las cercanías de Alachecoul.

—Lástima es, dijo Diana, que el padre no esté en casa, porque hubiera podido decir á vd., si ese desconocido era en realidad el señor Leonardo Astyon.

—Ya sea él mismo ú otra persona cualesquiera, replicó madama de Kermie impaciente, de todos modos es un hombre cuya vida está en peligro por defender una causa que tambien es nuestra; tú no eres como tu padre y hermanos porque no has fal-

tado á tus deberes, y así, que fuese el señor Asthon ú otro, tiene derecho á refugiarse en mi castillo y yo lo ampararé.

—Pero cómo hacerlo, contestó Diana, si ese hombre se retiró sin tentar siquiera el conseguirlo?

—Su conducta generosa me mostró lo que debía hacer: encargué á Valeriano que buscase á ese desconocido y le dijese de mi parte, que tomara yo por una ofensa el que no me asociase, siquiera por medio de nuestra hospitalidad, á una causa que siempre he mirado como el complemento de una obligacion muy noble en las personas que la han sostenido.

—Dígame vd., y ha dado Valeriano con ese hombre?

—Lo estoy esperando desde esta mañana. Pero ya hemos acordado que si lo encuentra, lo inducirá á que entre en el pabellon del bosque.

—En mi pabellon ¿preguntó Diana.

—Sí, hija mia; este es el único sitio del castillo donde tu voluntad á dispuesto que solo penetran los criados cuando tú se los mandas. De ese modo nuestro desconoci-

do podrá permanecer allí oculto mientras nos convenga; podremos ir á acompañarle sin que nadie lo sospeche, y Valeriano se hará cargo de llevarle la comida entrando siempre por la puerta del bosque.

Diana, que habia mandado preparar este pabellon para su uso particular, y colocar allí su arpa y varias labores de tapicería en las que habia alcanzado ya una destreza admirable, no obstante el defecto de la vista, acaso habría opuesto algunos inconvenientes respecto de lo que habia dispuesto su abuela en el particular sin consultarle; pero casi en ese mismo instante se abrieron las puertas de la sala y se presentó Valeriano en presencia de su ama, en un estado miserable. Su vestido chorreaba agua por todas partes y estaba cubierto de lodo. A pesar de sus setenta años, madama de Kermie se levantó de su asiento al verlo y le preguntó con un tono lleno de inquietud:

—Y bien! Qué es lo que has hecho?

Valeriano señaló con el dedo á la jóven ciega que se habia volteado al ruido que hizo aquel, y madama de Kermie añadió:

—Puedes muy bien hablar delante de ella, porque todo lo sabe.

—Pues bien, señora marquesa, ya está en el pabellon.

—Te ha descubierto su nombre?

Valeriano pareció cortarse, y habiendo vacilado un momento respondió:

—No quiere decirlo sino á vd, misma, señora marquesa.

—Está bien, voy al pabellon.

—Considere vd. querida madre, lo imprudente que seria el que atravesase vd. todo el parque en la edad en que vd. se halla, y con el tiempo que hace.

—La señorita tiene razon, dijo Valeriano, está lloviendo á torrentes y sobraré tiempo mañana para interrogar al desconocido.

—No obstante, desearia mucho el saber, contestó madama Kermie con una viveza que provenia de un deseo ardiente de unir su nombre á otro tan famoso, si este sujeto es positivamente Leonardo Asthon.

—El señor Leonardo Asthon! exclamó Valeriano con un marcado ademan de sorpresa. No creo.....

Luego se puso á pensar como un hombre

que entrevé las probabilidades de semejante cosa, y añadió:

—Despues de todo, es posible. Segun dicen, el señor Asthon se halla por estos contornos, y en verdad que bien puede ser él.

—Si esto fuera cierto, dijo madama de Kermie, encontrará abrigo en mi casa por todo el tiempo que él creyere conveniente.

—Sí, prosiguió Valeriano, ya voy creyendo que él debe ser.

—Y en el caso de que necesitase de otra clase de auxilios en la situacion en que se encuentra, si estuviese falto de dinero, desde luego puede disponer de mi bolsillo lo mismo que de mi casa.

—No cabe duda, él es, dijo Valeriano. Quiere vd. que le vaya á preguntar?

—Seria inútil, toda vez que se ha negado á responderte. Pero creo que el tiempo se méjora, que ha cesado la lluvia y puedo por tanto salir.

Una rafaga de viento mas violenta que las anteriores hizo comprender á la anciana marquesa que saldrian fallidos sus deseos de hacer semejante visita, por lo que

volvio á ocupar su rinconcito cerca del fuego, diciendo á Valeriano en tono de regaño.

—Por qué motivo no llegó vd. mas temprano?

—Primeramente me ha sido preciso hallar al señor Asthon, pues ya no dudo que sea él mismo. replicó Valeriano, lo cual no ha dejado de ser para mí un trabajo difícil y peligroso, porque luego que lo encontré, creyó que lo buscaba para denunciarlo, y quiso cazarme como si yo fuese un tordo nada menos; en segundo lugar tuve que persuadirlo á que viniese, lo cual por cierto, no fué cosa mas fácil que la de encontrarlo.—No quiero comprometer, dijo, á madama de Kermie, con mi presencia en su casa. No admito manifestarle mi agradecimiento. Si mi suerte quiere que sea cogido, por lo menos provocaré la venganza de mis enemigos solo contra mí, mas no contra los demás.

—Qué jóven tan noble! exclamó madama de Kermie. No hay remedio, Valeriano, quiero que me lleves adonde está, es fuerza que yo le véa.

—Suplico á vd., señora, que se sirva considerar que no he encendido la chimenea, ni he dejado luz en el pabellon por temor de que se notase desde el castillo, por cuya razon he dejado aquel á oscuras.

—Sin embargo, ese hombre no puede quedarse así, tan mojado como tú seguramente, y sin haber probado quizá bocado en todo el dia. Cerrando con cuidado las cortinas y las persianas, nada podrá verse. Es preciso llevarle luz y encenderle fuego. A tu cargo dejo esto, Valeriano, y por esta noche no más, nosotras nos encargaremos de llevarle qué comer.

—Pero mamá.....

—Ah! yo lo mandó! dijo madama de Kermie con aquel acento que rara vez se le oía, pero que una vez pronunciado, no daba lugar á la menor observacion.

Salió Valeriano y sacó leña de un estenso leñero que se hallaba en una de las salas del castillo, y se encaminó hácia el pabellon.

—Ahora, dijo madama de Kermie, es preciso ver qué le llevamos de cenar al señor Asthon.